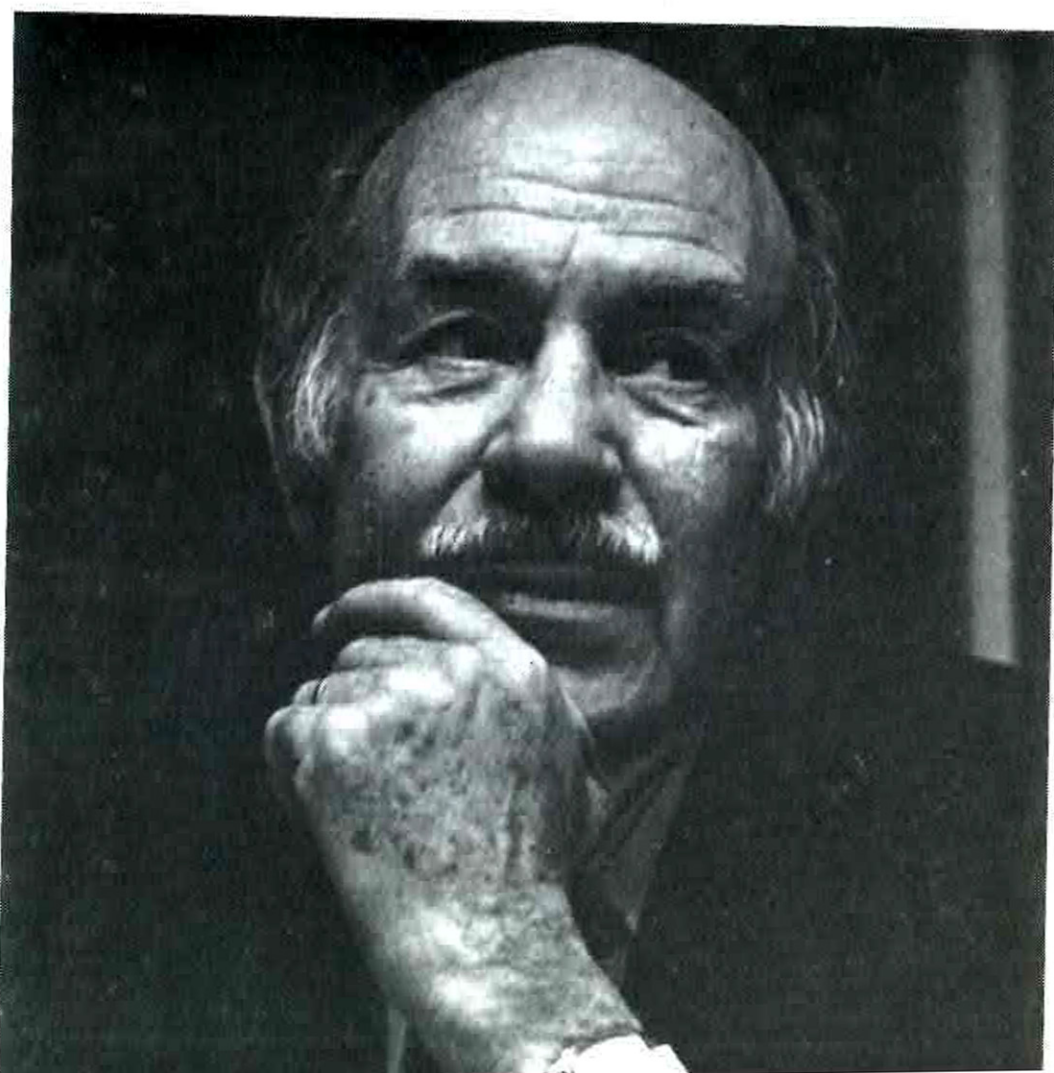


colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

En estado de gracia

Conversaciones con Edmundo Valadés

MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ DE ARMAS





significó una etapa de búsqueda creativa, que definió sólo al ir madurando y arribar al género cuentístico.

Con el transcurso del tiempo y la viveza de su pluma, cristalizaría una obra, si bien breve para algunos, de una notable profundidad literaria y calidad estilística.

Quizás por la inseguridad que mucho lo agobió, o por su afición a la juerga, o por la imposibilidad de dedicarse de tiempo completo a la creación literaria, o por una autocrítica implacable, Edmundo publicó su primer libro hasta los cuarenta años. En 1955 reunió varios de sus cuentos para editarlos bajo el título de uno de ellos que es un clásico de la cuentística nacional: *La muerte tiene permiso*, cuya triunfal irrupción en el cuadro de las letras mexicanas lo estimularía a desplegar su vena narrativa.

Seis años después, sería uno de los primeros escritores en proponerse rescatar y recrear literariamente el habla popular al aparecer *Antípoda* (1961), al que le añadiría varios relatos más para luego titularlo *Las dualidades funestas* (1966).

Después se sumiría en un silencio creativo que se prolongó catorce años. No es sino hasta en 1980 que publica otra obra literaria: *Sólo los sueños y los deseos son inmortales, Palomita*, sobre la que Augusto Roa Bastos dijo: «...es realmente uno de esos libros que se meten un poco como a empujones, por su carga de explosiva verdad, bajo la piel del lector».

En los años siguientes —salvo la publicación de ensayos y columnas sobre asuntos literarios, desperdigadas minificciones y el cuento «Un misterio en el aire»— Valadés luchó consigo mismo por sacar nuevos fulgores narrativos de su mundo interior. Se sufría casi inédito. Asumía afligido su infidelidad a la literatura. Varios proyectos aguardaban en el tintero, entre ellos una novela. «Literariamente —escribió alguna vez—, me agobian conflictos laberínticos. Vivo y sufro dentro de mí un libro pospuesto, del que no he sabido organizar su visión. [...] Me siento nostálgico del libro que no he traducido. En mi interior sigo viendo encarcelado a un escritor cuyas potencias posibles no he podido desplegar como yo quisiera».



No obstante, sí se daba tiempo y estímulo para la lectura y la reflexión, y en el género ensayístico abordó dos temas que lo seducían apasionadamente: la vida y obra de Marcel Proust, y la literatura de la Revolución Mexicana. Así, impelido por ese gusto, escribió *La Revolución y las letras* (1960) y *Por caminos de Proust* (1974).

Aunado a ello, jamás decayó su entusiasmo por la búsqueda, la selección y los talleres de cuento. Desde inicios de 1939, año de la primera época de *El Cuento*, don Edmundo empieza a internarse en el gusto por ese género literario, gozo que no se ve interrumpido ni cuando la revista de la imaginación deja de aparecer en diciembre de 1939 —cuando apenas habían salido cinco números— por el encarecimiento del papel debido a la Segunda Guerra Mundial. A la postre, ese deleite lo encauzaría a erigirse en el más activo promotor, difusor y antologador de la cuentística clásica y moderna en México y, para muchos, de Hispanoamérica.

De esta suerte, al comenzar la segunda época de la revista *El Cuento* en 1964, también se daba a luz a la antología más completa del cuento contemporáneo. Tal afán se coronó con la idea del maestro de preparar compilaciones temáticas horneadas con su propia intuición, placer y sapiencia: *El libro de la imaginación* (1970), *Los grandes cuentos del siglo XX* (1979), *Los cuentos de El Cuento* (1981), *23 Cuentos de la Revolución Mexicana* (1985), *Con los tiernos infantes terribles* (1988), *La picardía amorosa* (1988), *Ingenios del humorismo* (1988), *Amor, amor y más amor* (1989), *Los infiernos terrestres* (1989) y *Cuentos inolvidables I y II*.

La obra de la que más se enorgullecía Edmundo Valadés era, por supuesto, *El Cuento*, que representaría una singular brújula para los noveles escritores en su ansiedad por lecturas escogidas y crítica autorizada. No pocos escritores hoy conocidos resaltan los frutos que les proporcionó ese foro literario y a la vez taller de cuento.

«Muchos —explicó cierta vez Agustín Monsreal— conocemos y admiramos esta publicación única en su género; muchos hemos aprendido a su sombra los primeros pasos en el ejercicio literario; muchos hemos descubierto en sus páginas esos mundos mágicos



que se nos enredan en el alma para siempre; muchos, simplemente, hemos disfrutado sus juegos de imaginación y sus prestancias, la hemos gozado en forma natural y espontánea, sin pretender ir más allá, como a un amor eventual que cada vez depara a nuestros sentidos un nuevo entusiasmo, un asombro nuevo.»

«¡Más valen amigos que credenciales!», sentencia realmente convencido. Por algo lo dice. Miguel Ángel Sánchez de Armas es de esos hombres que busca hacer un rito fraterno de los lazos amistosos. Casi siempre él convoca a sus amigos o a quienes quiere que lo sean, y prepara el encuentro cual cita de amor, pues en ese trayecto seduce a sus convidados. Así debió ser con Valadés, con quien desde aquel grato convite compartió vinos, banquetes, momentos, palabras y afectos hasta los últimos de sus días en un hospital, entre instantes de lucidez y eternidades de ausencia, a fines de noviembre de 1994.

La ricura con que se lee *En estado de gracia* radica justamente en la íntima naturalidad vertida por Edmundo gracias a la empatía e intereses afines con su interlocutor, pero sobre todo gracias al derrumbamiento de un muro: el de la edad. Treinta y cuatro años de diferencia nunca significaron dique alguno para su amistoso engarce. Y ello se hace patente en el tono de la conversación. Vale la pena subrayar que en sentido estricto no se trata de una *entrevista*, sino de una *conversación libre* y a ratos dispersa pero, por ello mismo, con la frescura del momento.

Y en ese camino se dibuja un delicioso álbum de semblanzas sobre la vida de Valadés: sus trazos infantiles, sus aventuras de joven, sus teclazos periodísticos, sus destellos amorosos, sus construcciones cuentísticas, sus goces literarios, sus reflexiones existenciales... Sánchez de Armas logra un retrato —quizás el más completo sobre este singular escritor y periodista— fiel al espíritu del propio Edmundo. En otras palabras: pese a las iniciales resis-



tencias, supo hacer brotar nostalgias y esperanzas, aflicciones y alegrías, senderos y laberintos: interioridades que sólo pudo haber estimulado su salida un amigo como Miguel Ángel, quien para ello debió seguramente avivarle el verbo, la risa y el placer tertuliano poniéndolo *En estado de gracia*.

Para aderezar y redondear el libro, su autor reproduce varios textos periodísticos, apuntes sobre temas literarios, y esbozos narrativos —algunos ya conocidos y otros inéditos— escritos en diferentes épocas por el propio Edmundo y gracias a los cuales es posible internarse aún más en los múltiples espejos de su personalidad.

El lector tiene en sus manos una obra que sólo se explica por los misteriosos caminos de la amistad. Y por recorrerlos, Valadés nos cuenta los itinerarios de su cuento... o de su vida, que es lo mismo.

México, D.F., mayo de 1997.



A LOS LECTORES:

Al revisar la transcripción de mis conversaciones con Edmundo, vi que muchos nombres poco dirían a las nuevas generaciones, inclusive de periodistas. De ahí la profusión de notas al pie. Varias fueron mis fuentes, pero en particular quedo en deuda con el *Diccionario Enciclopédico de México*, de mi querido amigo Humberto Musacchio. Todas las citas sin referencia fueron tomadas de sus páginas.

El autor



CONVERSACIONES



Carta de Xavier Villaurrutia

Quise iniciar el libro con esta carta de Xavier Villaurrutia¹ a Edmundo Valadés. Con fuerza y cariño, con agudeza y sensibilidad que recuerdan al Rilke de Cartas a un joven poeta, Villaurrutia nos da un retrato nítido de aquel joven que conoció en la Secundaria Siete. En 1934, a los diecinueve años, Edmundo escribió al poeta pidiéndole consejo para «obtener la mágica fórmula» con objeto de decidir qué propósitos literarios debían normar su literatura: si el juego de la inteligencia; si como expresión de juvenil nacionalismo o como obligada al servicio de causas universales. Todas sus preguntas habían sido «planteadas en ingenuo y superficial esbozo, dándole el tratamiento de vos, por lo que me regaña cordialmente disgustado y que, sin embargo, le permitieron adentrarse en las verdaderas preocupaciones que no llegué a expresarle —la necesidad de conocerme, de definirme intelectualmente, de saber

³ Xavier Villaurrutia. Nació y murió en el Distrito Federal (1903-1950). Poeta y dramaturgo. Dirigió con Salvador Novo la revista *Ulises* (1928). Fue cofundador del grupo teatral «Ulises» (1928), colaborador de la revista *Contemporáneos* (1928-31), estudiante de teatro de la Universidad de Yale (1935-36), becario por la Fundación Rockefeller; profesor de la UNAM y jefe de la sección de teatro del departamento de Bellas Artes. Guionista con Fernando de Fuentes, de *Vámonos con Pancho Villa* (1934); con Rafael F. Muñoz, de *Cinco fueron escogidos* (1942); y con Mauricio Magdaleno, de *La mujer de todos* (1946). Autor de varios guiones cinematográficos, entre ellos, *Distinto amanecer* (1943), y *La dama del alba* (1949). Traductor de André Gide, William Blake, Anton Chejov, Jules Romains y Lenormand. Autor de varios libros de poesía, entre los que destacan: *Reflejos* (1926), *Dos nocturnos* (1931), *Nocturnos* (1931), *Nocturno de los ángeles* (1936), *Nocturno mar* (1937), *Nostalgia de la muerte* (1938), *Textos y pretextos* (1949).

*si era capaz y tenía talento literario— y a las que él respondió con la bella lección, con la sabia y valiente invitación, valedera para todos los jóvenes y viva en esta carta que rescaté de papeles que creía definitivamente extraviados».*²

² Valadés publicó este recuerdo en julio de 1952 en el suplemento *México en la Cultura*, de *Novedades*, bajo el título «Carta a un joven».



Estimado amigo:

No me gusta el tono de su carta. El uso de expresiones rebuscadas —que sólo se emplean para dirigirse a los tiranos— me molestó al grado de que estuvo usted a punto de quedarse sin respuesta. He acabado por ver en ello la muestra de su ingenuidad y esto le ha salvado a usted. Pero piense, en todo caso, que una mayor sencillez le habría asegurado más pronto y mejor confianza.

Me confía sus dudas, sus temores acerca de la actividad literaria que ha empezado usted a emprender. Me interroga acerca de los caminos que debe seguir en un momento en que yo creo advertir una de esas crisis de adolescencia o de primera juventud, que serán cada vez más frecuentes y siempre menos peligrosas de lo que usted pudiera pensar. Si sus dudas fueran más claras, si sus temores estuvieran más abiertamente dibujados, si sus interrogaciones fueran más precisas, yo correspondería en la misma moneda, con afirmaciones claras, con signos de confianza más delineados y con respuestas más precisas. Pero la claridad de una respuesta y también su eficacia depende de la claridad de la pregunta. Por eso mi carta tendrá, sin duda, el aspecto de esas respuestas que damos a preguntas que no hemos entendido bien o que hemos oído pensando más acá o más allá de donde debiéramos.

El grupo en el que usted me cuenta y en el que yo mismo me incluyo se formó casi involuntariamente, por afinidades secretas y por diferencias más que por semejanzas. «Grupo sin grupo» le llamé la primera vez que comprendí que nuestras complicidades privadas, nuestras desemejanzas corteses, nuestras intenciones, diver-



sas en el recorrido pero unidas en el objeto de nuestra ambición, tenían que trascender al público, como sucedió en efecto. «Grupo de soledades» se le ha llamado después, pensando en lo mismo. Un grupo que no lo es. Unas soledades que se juntan. Medite usted en el significado de estas denominaciones hechas sin programa alguno de política literaria y como a pesar nuestro. ¿Qué es lo que ata a estas soledades? ¿Qué es lo que agrupa un momento a unos cuantos seres para separarlos enseguida? Desde luego la semejanza de nuestras edades, de nuestros gustos más generales, de nuestra cultura preservada en momentos en que nadie cree necesitarla para nutrir sus íntimas vetas. Además, nuestro deseo tácito de no hacer trampas, de apresurarnos lentamente, de no caer en el éxito fácil, de no cambiar nuestra personal inquietud por un plato de comodidades, de falsa autoridad, de auténtica fortuna.

Ahora se preguntará usted: ¿qué es lo que desata a estas soledades juntas y disuelve a este grupo? Nada más sencillo que hallar una respuesta: la personalidad de cada uno. El vecino respeta la mía y yo la del vecino. La libertad es entonces, aunque pueda parecer mentira, el lazo que al mismo tiempo nos une y nos separa. Pero esta libertad es lo único que nos ayuda a respirar abiertamente en un clima en el que juntos estamos satisfechos, tanto como si estuviéramos separados.

En nada se parece un poema de Gorostiza a otro de Gilberto Owen. En nada una página de Cuesta a una página mía. Y, no obstante, un lazo imperceptible —ese lazo imperceptible que usted ha advertido— las une. Sin quererlo, sin pretenderlo, pero sin rechazarlo ni negarlo, se ha formado, más en la mente de los escritores que nos preceden o nos siguen que en la realidad misma, un grupo, una generación. El hecho de que se nos considere unidos nos viene, pues, de fuera. Ni un programa, ni un manifiesto que provoquen esta idea hemos formulado. Pero puesto que la idea existe, la aceptamos y seguimos juntando nuestras soledades en revistas, en teatros, en obras, y hasta en lo que usted llama *nuestra influencia*.



Y puesto que me habla de nuestra influencia, le diré que yo también la advierto en muchos espíritus jóvenes y, como usted dice, en algunos maduros o que lo parecían. En usted mismo, en la actitud que revela al escribirme, está presente. Hay en su carta, por debajo de la exagerada modestia con que está redactada, un deseo de aclarar un problema hasta el fin, una avidez de conocerse, un deseo de buscar los caminos de la salvación de su espíritu por medio de la actitud crítica, en que reconozco nuestra descendencia. Porque eso, la actitud crítica, es lo que aparta a nuestro grupo de los grupos vecinos. Esta actitud preside, como una diosa invisible, nuestras obras, nuestras acciones, nuestras conversaciones y, por si esto fuera poco, nuestros silencios. Esta actitud es la que ha hecho posible que la poesía de nuestro país sea una antes de nosotros y otra ahora, con nosotros. Más interior, más consciente, más difícil ahora, porque se opone a la superficial de los modernistas, a la involuntaria de los románticos, a la fácil de los cancionistas. Y no sólo la poesía... Pero ya habrá usted pensado que yo no respondo, al menos directamente, a sus particulares e imprecisas cuestiones. Y, sin embargo, creo que para contestarle no tengo otro recurso que este de rodear los temas que a usted parecen desvelarle.

La crítica y la curiosidad han sido nuestros dióscuros; al menos, han sido los míos. Bajo la constelación de estos hijos gemelos de Leda transcurre la vida de mi espíritu. Ya *Ulises*, la revista que dirigimos Salvador Novo y yo, lo revelaba públicamente: revista de curiosidad y crítica. La curiosidad abre ventanas, establece corrientes de aire, hace volver los ojos hacia perspectivas indefinidas, invita al descubrimiento y a la conquista de increíbles Floridas. La crítica pone orden en el caos, limita, dibuja, precisa, aclara la sed y, si no la sacia, enseña a vivir con ella en el alma. Si usted piensa, por curiosidad y con crítica, en los epígrafes que aparecen al frente de cada número de nuestra revista, hallará la única doctrina de ésta y la de los jóvenes que navegamos en ella, a la deriva, encontrando pasos de mar en el mar que es de todos, perdiéndonos para



volver a encontrarnos. «Es necesario perderse para volver a encontrarse», dice Fenelón. Y, pensando en la salvación del alma, San Juan escribe: «De cierto que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios».

¿Tendré que citar de memoria la frase de San Mateo que aprendí en André Gide acerca de la salvación de la vida? «Aquel que quisiera salvarla, la perderá —dice el evangelista—, y sólo el que la pierda la hará verdaderamente viva». Releyendo una página de Chesterton, encuentro algo que es, en esencia, idéntico pero que se acomoda mejor a la crisis del espíritu en que usted parece hallarse: «En las horas críticas, sólo salvará su cabeza el que la haya perdido». ¿Ha perdido usted la suya? Mi enhorabuena. Piérdala en los libros y en los autores, en los mares de la reflexión y de la duda, en la pasión del conocimiento, en la fiebre del deseo y en la prueba de fuego de las influencias, que, si su cabeza merece salvarse, saldrá de esos mares, buzo de sí misma, verdaderamente viva.

Otros seres hay que esperan salvarse cerrando los ojos, procurando ignorar todo lo que pueden —según ellos— dañarlos. Se diría que no salen a la calle para no mojarse o para no mojar el paraguas de su alma. Vírgenes prudentes, maduran antes de crecer y, a menudo, no crecen. Temen las influencias y ese mismo temor los lleva a caer en las más enrarecidas, en las únicas que no son alimento del espíritu. Odian la curiosidad, la universalidad, la aventura, el viaje del espíritu. Echan raíces antes de tener troncos y ramas que sostener. Hablan de la riqueza de su suelo y de su patrimonio, que pretenden salvar conservándolos... Entre ellos no podrá usted contarnos. Y si alguno de los artistas que forman, involuntariamente, nuestro grupo de soledades ha sentido la necesidad momentánea de abogar, ante los espíritus más jóvenes, por la prudencia y la inmovilidad, oponiéndolas a la curiosidad y al viaje del espíritu, es porque la libertad entre nosotros es tan grande que no excluye las traiciones y porque en estas traiciones se pierde la cabeza que sólo así habrá de salvarse.



Creo haber satisfecho su deseo. Me perdonará la forma indirecta y velada de hacerlo, pensando en que sus preguntas no eran menos indirectas y veladas.

Créame su atento amigo.

Xavier Villaurrutia



EL CALLEJÓN DE LOS TRIQUIS

«Un día, cuando tenía 103 años, su corazón
simplemente dijo ¡ya! y dejó de latir».

E. V.



En donde se recuperan algunas imágenes de la casa paterna en Guaymas y de la madre perdida, el recuerdo de una temporada en Mocerito, la primera novia, el encuentro con la poesía y la muerte de su padre a los 103 años de edad.

En el fondo yo me siento un desarraigado. Perdí a mi madre siendo muy chico. Ello me empujó, no sé exactamente si en busca de la madre o en busca de la mujer que restituyera todo eso que ahora me doy cuenta que para un niño es vital, carajo. El amor de la madre es importantísimo... es decir, cuando se da una buena relación, porque hay madres cabronas y posesivas. Sí, yo me doy cuenta que me lancé en busca de una mujer, en busca de una ternura, caray

Pero respecto a Guaymas... Bueno, si yo hubiera vivido en Guaymas por lo menos hasta ser joven... porque en el norte de México la relación humana es más libre de los prejuicios que se dan en el centro. Se ve y se vive la vida de una manera muy diferente; la convivencia se da de una manera más fácil, más sencilla, más abierta. Y bueno, me planteo eso porque caí en una familia cerrada en el centro de México...

Creo que el más importante recuerdo de esos años es el de mi madre, y con un profundo deseo de restituirla. Se llamaba Inés Mendoza. La imagen de su rostro definitivamente se me perdió. Sí recuerdo su vestido —un vestido blanco, como decía López Velarde, «desde el cuello hasta el huesito»¹, e instantes de convivencia con

¹ «Suave Patria»: *Te amo no cual mito sino por tu verdad de pan bendito como a niña que asoma por la reja con la blusa corrida hasta la oreja y la falda bajada hasta el huesito.*



PRESENTACIÓN



ella. Una ocasión me llevó a una placita a la vuelta donde había una iglesia: me veo en el parque sentado en una banca con ella, que me compró de esos *tronadores* que se arrojan al piso y explotan. Es un recuerdo arbitrario. ¿Por qué recuerdo esto? No lo sé. También recuerdo que me tiene amarrado con una sogá a su máquina de coser porque seguramente yo era callejero. Asimismo, me veo en el patio saltándome la barda. Supongo que mi madre mandó a la sirvienta del otro lado y la imagen es que estoy a caballo en el muro, con mi madre de un lado y la sirvienta del otro. Guardo muchos recuerdos así, y de mi padre también, claro. De ella y de él. De mi padre los tengo más precisos porque seguí viéndolo. Me veo en un carnaval en donde unas personas disfrazadas, que seguramente me querían, me llevan en un camioncito abierto —incluso recuperé una fotografía de ese momento—, y recuerdo que me dio miedo, quizá mi primer miedo, porque nos empezamos a ir muy lejos y sentí susto y empecé a llorar y a demandar que me regresaran, y me regresaron, claro, a casa. Cuando en la iglesia había bautizos y al salir se arrojaba el *bolo*, me veo con otros niños en la tierra, escarbando para recoger los centavos. Y luego, mi primera experiencia, digamos, sexual —yo tendría cuatro o cinco años—: éramos una parvada de niños y el sacristán nos ofrecía dinero para que nos bajáramos los pantalones, para vernos. Yo hasta después de mucho tiempo comprendí lo que implicaba. Nosotros lo hacíamos con la mayor inocencia, para que nos diera una moneda. El sacristán era un perverso: imagínate, tratando de ver el sexo de niños de cuatro o cinco años.

Esas imágenes infantiles ¿después se recuperan en tus cuentos?

No, no siempre. Particularmente del sacristán perverso hay una restitución, pero creo que es el único caso. En otros cuentos sí hay restituciones, pero yo de adolescente, de joven.

¿Eras un niño lleno de miedos?



No, no. Curiosamente, los miedos los adquirí aquí en la ciudad, porque entré a otro espacio, un ámbito familiar muy rígido. Pienso que —ignoro si también en el sur porque allá no he vivido— la gente del norte tiene otro estilo, es más liberal, más solidaria y más tolerante. Tiene un espacio mejor para hermosas relaciones afectivas. Lo ves en las costumbres, en las formas de ser de los norteños. Cuando regreso a ciudades como Torreón, Mexicali, Matamoros, veo la enorme diferencia. Es decir, en la capital sientes claramente cómo estás solo y cuando vas al norte percibes un extraordinario cambio. Quizá pase en otros lugares de provincia, no lo sé.

¿Hay imágenes de esa época en Guaymas que para ti sean fundamentales?

Sí. Son como chispazos, pero muy claros. Tendría yo tres, cuatro, cinco años. Se me quedaron ciertos recuerdos imborrables que quisiera restituir. Cuando alguien regresa a su terruño, se convierte en un extraño. Incluso fue lo que me inspiró un cuento que se llama así, «El extraño», basado en mi experiencia de todo aquello que sentí al regresar después de los cuarenta años, siendo un hombre maduro. Fui a mi primera casa ubicada en el Callejón de los Triquis, para tratar de recapturar el mundo de mi primera infancia. Aquella casa era típica, muy modesta; tenía un pequeño espacio de entrada con dos cuartos laterales —las recámaras o el comedor—, y al fondo se veía un patio, con gallinas, árboles y una barda.

¿Cómo era el callejón?

Desembocaba en una calle cerrada —del resto no me acuerdo—: un callejón. En aquel regreso, al llegar encontré a una señora sentada en una poltrona, vestida de blanco, quien me dijo al verme: «Usted es Edmundo Valadés». «Sí», le respondí. Entonces ella me dijo que toda su vida había vivido ahí y que se acordaba de mí, de



niño en un velocípedo. No restituí la que era mi casa. Sí, en cambio, pude restituir una casa de dos pisos en la esquina que yo creo es el más hermoso edificio de Guaymas, desgraciadamente sin que se le cuide, sin que se le preserve como pasa en este país en que todas esas cosas llenas de tradición se pierden; es una casa que abarca de esquina a esquina, con un gran señorío, con una gran nobleza. Me impresionó, realmente. Y de niño no me di cuenta, me acordaba de la parte que yo podía ver desde el callejón. En fin, pues todo eso me hizo sentir el desarraigo, que es muy doloroso.

¿La señora de la poltrona era de quien estaba enamorado tu papá?

Sí, mi papá estuvo enamorado de ella. Y ya en confianza me hizo pasar a su casa y me confió: «Le voy a enseñar algo», y trajo un par de viejos papeles que eran dos cartas de amor que le había mandado mi padre cuando yo era pequeño. Ella creía que mi padre había muerto, y cuando supo que aún vivía me pidió mi palabra de hombre y de caballero para que no le dijera nada. ¡Fíjate qué cosas! Ella me contó que era la hija única, soltera, del matrimonio de una sonorenses y un francés que había ido a trabajar al estado luego de haber egresado de un politécnico de su país. Mi padre después se prendó de ella. Sin conocerla, sin previo aviso, le mandó una encendida declaración de amor. Ella era muy chiquilla: «Usted sabe cómo eran las costumbres de ese tiempo, me dio miedo, me dio susto, no entendí lo que pasaba». Parece que en la primera carta mi padre le demandaba una respuesta que ella no le dio y la segunda carta, muy de acuerdo con ciertas maneras de la época, es la del hombre que no recibe respuesta y entonces dice «aquí terminamos», o algo así, tan curioso, algo que nunca empezó, pues nunca intercambiaron una palabra ni nada. Esto fue, claro, después de que mi papá había enviudado.

Piensa en los capitalinos que guardaron su relación con sus lugares de origen, y que si regresan a su pueblo todo mundo los conoce: sus amigas, las que fueron sus novias... Es decir, se restituyen.



¡Cómo envidio eso! ¡Cómo quisiera yo regresar ahora a Guaymas, haber mantenido ese lazo, y conocer a las muchachas, a las señoras, a los amigos, a todos! Voy a decir una cacofonía: un trance transitorio, digamos. Estás en la ciudad pero tienes tus ligas. En cambio, cuando yo regresé a Guaymas, era un extraño total, un desconocido. Pero de la infancia se te quedan... chispazos, ¿verdad?

En esos años tuviste impresiones que después se hicieron textos. Un día pasabas frente al establecimiento de un...

...doctor, que estaba poniendo una lavativa. Sí, fíjate, puede que eso por lo insólito...

¿Cómo fue?

Bueno, había un doctor y allá por el calor no tienen tanta precaución de cerrar las puertas. Yo vi a un señor bocabajo y el doctor que le ponía la lavativa. Ese momento está grabado así nada más. Luego otro que también me angustia mucho: mi padre enviudó y creo que habré sido un niño agradable, pues por lo que recuerdo me conocían todos los del barrio, seguramente se condolían, sabían que yo era huérfano, que estaba solo. Mi padre se iba a trabajar, y un día me salgo a dar la vuelta rumbo a una tienda y me encuentro con un automóvil —que no eran comunes entonces— sin techo, con una familia. Arriba estaban un señor que manejaba, una señora y unas niñas. Entonces el hombre empezó a persuadirme de que me fuera con ellos. Me proponía: «Súbete, vámonos». No sé qué pretendían, pero obviamente era llevarme con ellos. Y mi reacción infantil al oír eso fue no irme, claro... Pero ahora pienso: ¿Y si me hubiera ido? No habría vuelto a ver a mi padre ni sé cuál habría sido mi vida. La vida, sobre todo en las primeras edades, depende a veces de algo así tan imprevisto como que unas personas lleguen en un carro, vean a un niño y le propongan que se vaya con ellos.



He tratado de precisar la edad en que vine a México y no estoy seguro, pero debo haber tenido seis años porque entre mis recuerdos está un desfile en Insurgentes, al cumplirse el centenario de la proclamación de la Independencia, que encabezaba Álvaro Obregón en un carruaje abierto. Quiere decir que estaba en México en 1921, a los seis años, pues nací en 1915. Se me confunde un poco la memoria. Creo que cuando llegué a la Ciudad de México, mis tías vivían en Mixcoac, que entonces estaba fuera de la ciudad; luego se fueron a vivir a la colonia Roma —una zona en donde se congregó mucha gente provinciana que llegó a la capital a raíz de la Revolución: porque en las migraciones humanas, por razón lógica, la gente se va a vivir cerca de sus parientes y amigos—. Recuerdo que en casa comentaban que ahí vivía el licenciado Canales que era del norte, y tal y tal gente; es decir, trataban de integrarse un poco o un mucho a una comunidad donde no fueran totalmente extraños.

Tu llegada a la Ciudad de México a tan temprana edad, ¿te marcó como escritor? ¿Habrías sido un escritor diferente si hubieras permanecido en Guaymas?

Creo que sí. A lo mejor no habría sido escritor. Quizá hubiera sido marino, porque sobre todo en la infancia se fijan cosas que van a perdurar toda la vida. Consciente o inconscientemente nuestras relaciones, nuestras experiencias de esa primera etapa deciden en mucho nuestro destino. Entonces lógicamente si me hubiera quedado en Guaymas, en otro medio, con otras costumbres, con otra gente, obviamente habría sido distinto al que soy. No habría podido ser el mismo. Yo me acuerdo... me iba al muelle, me iba al mar, era amigo de los marineros, me subía a los barcos, conocía al doctor, al tendero... era mi mundo. Ahora, la duda: ¿Tu destino está prefijado? Digamos, ¿yo hubiera sido escritor de cualquier manera en ese otro medio? Realmente no lo sé.



El problema de la ciudad es el del desarraigo. Todavía cuando yo llegué a México, la ciudad era pequeña, vivías en una colonia y se conocían los vecinos, iban a la misma iglesia, a la misma escuela, había mayor convivencia. La colonia era como un pequeño pueblo: había más comunicación y todos se conocían. Era *tu* pueblo. Los que vivían en Santa María eran de Santa María y se conocían; familias que habían vivido en una u otra zona durante tiempos enormes. Por ejemplo Baltazar Dromundo², que vivió por la fuente del Salto del Agua, tiene un libro que se llama *Mi barrio de San Miguel* en donde restituye a los personajes de su barrio, de su pueblo. En cambio hoy en la Ciudad de México somos totalmente extraños. Creo que uno de los factores que nos pesan es que no tenemos arraigo en un sitio de la ciudad. Tenemos posesión de una casa, que es nuestra privacidad, pero no pasa de ahí. No tenemos nada que ver con el barrio: nos es ajeno, extraño. Nos es ajena y extraña la ciudad. Ésa es una de las cosas más terribles que ha perdido la Ciudad de México..

¿Y tu familia?

Mi padre murió hace dos semanas aquí en la Ciudad de México. No avisamos. Felizmente murió de la mejor manera, sin sufrir, a los 103 años. En un momento el corazón de plano le dijo *ya*: se paró. No tuvo que padecer hospitales, vida artificial, nada. Murió

² Baltazar Dromundo Chorné. Nació en Parral, Chihuahua, y murió en el Distrito Federal (1906-1987). Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional de México, casa de estudios donde participó destacadamente en la lucha por la autonomía en 1929, sobre la cual escribió un libro. Profesor de diversas materias en instituciones de enseñanza media y superior. Fue agente del Ministerio Público, secretario particular del gobernador de Durango (1936-40), diputado y funcionario del Departamento del Distrito Federal. Autor de *Negra Caiyu. Poemas y romances* (1932), *Emiliano Zapata* (biografía, 1936), *Elogio a la lealtad* (ensayo, 1935), *Lenin* (ensayo), *Vida de Simón Bolívar* (1935), *Villa y la Adelita. Romance en prosa* (1936) y *Romances* (1937).



sereno, sin dolor, en la madrugada. El día anterior comió sus tres comidas. Lo enterramos el sábado antepasado³.

Lo veía poco, fui muy inconstante. Tuve una corazonada y lo fui a visitar tres días antes de que muriera. Y lo único que me pudo decir fue preguntarme cómo estaba yo. Aguantó mucho. Todavía a los 100 años tenía fresca su memoria, platicaba —oía con dificultad, pero estaba consciente de todo—, aunque ya no quería caminar ni levantarse. Tuvo la suerte de que llegó ahí una criadita de siete años y, hasta la fecha, fue su ángel de la guarda. Le dedicó las veinticuatro horas del día. Lo quería mucho, lo apapachaba, lo regañaba, lo hacía andar, lo hacía hablar, lo cambiaba, lo bañaba, llamaba al médico, lo vestía, lo hacía caminar unos pasitos. Era la que sabía comunicarse con él, así es de que, bueno, siquiera eso me conforta. No tuvo ninguna enfermedad larga, agónica. Tuvo padecimientos propios de sus años, de la edad; se quebró la cadera y le soldó, ya grande, a los noventa años. Era muy sano. Comía de todo. Nos invitaba en Navidad a comer a mi suegra y a Adriana: romeritos con tortas de camarón, bacalao, y él comía de todo, de todo. Por lo menos pudo gozar de la buena mesa. Un día le pregunté: «Bueno papá, ¿a qué edad dejaste de fumar?» Y me dice: «Mira, cuando tenía sesenta y tantos años, trabajaba en Pensiones, y un amigo y yo hicimos la promesa de no volver a fumar ni a beber. Yo cumplí mi promesa... mi amigo ya murió». Era cuando yo mismo tenía sesenta y tantos años. Y dije: «Ah caramba, si dejo de fumar estoy a tiempo».

Mi padre fue muy amigo de Adolfo de la Huerta, por él se vino a la Ciudad de México. Conoció a Álvaro Obregón y a Plutarco Elías Calles, porque fue periodista en Guaymas en plena Revolución. Periodista y poeta, buen poeta, pero dejó de escribir. Tengo algunos versos sueltos de él. El escritor Porfirio Martínez Peñaloza recogió uno en un libro. Su obra periodística está perdida, caray. Está en

³ A mediados de 1985.



periódicos de Hermosillo. Yo nunca he intentado ir a la hemeroteca a rescatarla.

¿Fue tu ejemplo para dedicarte al periodismo?

No me hice periodista por él, nos viene de familia, porque mi abuelo paterno, Adrián Valadés, publicaba el semanario *Baja California* en La Paz; hizo una historia de Baja California e imprimió un librito de versos y un pequeño volumen sobre leyendas y sucesos de Baja California. Luego mi papá se vino a México —lo mandaron a estudiar a principios de siglo—, pero entró en la bohemia con Diego Rivera y con el escultor Olaguíbel⁴. Me contó muchas cosas, sobre todo cómo la mamá le pegaba a Diego, que era tremendo; un domingo lo invitó a pintar a unos andurriales y los agarró un aguacero. Buscaron dónde guarecerse en un lugar donde había de beber y se emborracharon. Entonces mi papá tuvo que llevar a Diego con la mamá —que lo esperaba con un garrote para darle una paliza—. Me contaba: «El mejor discurso que yo hice fue para persuadir a la mamá de Diego para que no le pegara».

Sabía mucho del idioma: era un buen gramático. Incluso publicó un par de libritos sobre reglas y sobre el idioma —no precisamente gramática—, uno que se llama *Gazapos...* (y no sé qué).

⁴ Juan Olaguíbel Rosenzweig. Nació y murió en el Distrito Federal (1889-1971). Escultor. Estudió en la Academia de San Carlos. El presidente Venustiano Carranza le otorgó una beca para continuar su aprendizaje en Europa. Interrumpió su viaje en Estados Unidos, donde vivió un tiempo, y sólo hacia el final de su estancia volvió a estudiar, auspiciado por el cantante Enrico Caruso. Viajó por Europa y al regresar a México fue apoyado por José Vasconcelos, entonces secretario de Educación Pública. Algunas de sus esculturas más importantes son: *La flechadora* (conocida popularmente como *La Diana Cazadora*), la Fuente de Petróleos y la estatua del general Pedro María Anaya, en el Distrito Federal; *El Pípila*, en Guanajuato; el *Morelos* del Palacio de Cortés, en Cuernavaca; un *Díaz Mirón*, en el puerto de Veracruz; y un *Juárez*, en Nuevo Laredo, Tamaulipas. También ejecutó esculturas en Estados Unidos, Italia, Suiza y Venezuela.



Luego fue corrector de pruebas en la revista *Hoy*, donde escribían José Vasconcelos y Luis Cabrera, y les enmendaba la plana. Cuando le reclamaban, él les alegaba: «Es que según la Real Academia esa palabra está mal utilizada.» Era muy estricto. Su nombre completo era Adrián O. (Odilón) Valadés. Nombre rarísimo. Nunca lo usó. Su segundo apellido... no me acuerdo... Nació en La Paz en 1882.

¿Y tu abuelo el que vivía en La Paz?

Adrián Valadés. No sé su segundo apellido. Por lo que respecta a mi abuela materna, sólo recuerdo que su apellido era Cobos, nacida en Chihuahua.

¿Y la segunda esposa de tu papá cómo se llamaba?

Concepción... Ah, caray, no sé...

¿Tienes otras referencias de la historia de Baja California que publicó tu abuelo?

La escribió no sé si a fines del siglo pasado o a principios de éste. Él era de Mazatlán y se avecindó en La Paz. Fue secretario de la alcaldía, publicó su periódico, estuvo con las fuerzas de Porfirio Díaz cuando la invasión francesa. Se ve que empezó a escribir una historia de la participación del cuerpo que comandaba Porfirio Díaz y lo que llegó a escribir está publicado en la revista de historia que fundó Cosío Villegas, *Historia Mexicana*; creo que en el número veinte salió la primera parte donde cuenta con mucha crudeza cómo fue la vida de los soldados republicanos durante la invasión francesa. Le gustaba la historia. Cuando estuvo en La Paz, viajó por todo el territorio, revisó los archivos municipales y escribió una prolija historia de Baja California, región a la que amó. La historia de mi abuelo abarca desde la fundación del estado hasta el porfirismo.



Miguel León Portilla, que se ha interesado mucho en Baja California, supo del texto y le interesó una parte sobre la que había poca documentación, que es de 1850 a 1880, y consideró que el trabajo de mi abuelo llenaba grandes lagunas. Entonces él llegó a un acuerdo con mi papá y la publicó en la UNAM en 1974. Pero la historia íntegra sigue inédita todavía.

¿A qué se dedicaba tu papá?

Como él vivió en Guaymas durante la Revolución, conocía y convivió con Obregón y Calles, pero particularmente hizo una relación muy amistosa con Adolfo De la Huerta. Cuando De la Huerta fue secretario de Hacienda en el gobierno de Obregón, mi padre le debe haber escrito y él lo trajo a México para darle trabajo en lo que era entonces la Oficina de Monumentos Coloniales, o algo así, lo que hoy es el Instituto de Antropología. Y me acuerdo que en casa hablaban con pena de la honradez de mi padre, porque él tenía un puesto clave, en donde podía expedir permisos, y se ve que le habían hecho proposiciones de dinero a cambio de que permitiera no sé, que derribaran una casa o alguna cosa así, chueca. Y claro, él era de una rectitud absoluta y no aceptaba, y en casa se lamentaban de que no hubiera aceptado y hecho dinero. Supuestamente era una casa muy «moral», nos decían que había que ser honrados, etcétera. Es la dualidad de gran parte de las familias mexicanas, donde las normas éticas o morales que imponen a los niños no son más que formas, no son realmente una convicción profunda.

Cuando llegamos a México, mi padre con su esposa y una hija se fueron a vivir a una casa, y yo me quedé, o él me dejó, con sus hermanas en la calle de Puebla. Tiempo después, cuando yo tenía unos catorce años, el esposo de una hermana de él, Manuel Helenes Gaxiola, un sinaloense de Mocorito, contrajo la tuberculosis y quiso morir en su terruño y fue mi primera experiencia de volver a provincia unos meses —en 1929, exactamente.



Mocorito entonces era todavía una ciudad importante, con mucha tradición. Un hermano de mi tío, Ignacio, si mal no recuerdo, tenía una gran biblioteca, que fue la primera biblioteca a la que yo tuve acceso. Este tío me prestaba libros y leí a todos los poetas románticos: Gutiérrez Nájera, Manuel M. Flores, Díaz Mirón, y ¡claro!, me sentí poeta y me puse a hacer versos, ¿no? Fue una experiencia interesante. Además, entonces en Mocorito —no sé si todavía perdure esa tradición curiosa— la población femenina era tan superior en número a la masculina que los hombres tenían el derecho aceptado en la convivencia social de tener novia de primera, novia de segunda, e incluso novia de tercera, aunque generalmente las novias de tercera eran para robárselas; cualquier día corría la noticia en el pueblo: «El Manuel se llevó a la Eloísa». Luego ya reaparecían. No pasaba nada con el muchacho, él seguía teniendo su relación con la novia de primera, con la novia de segunda. Cuando las muchachas de segunda hacían una fiesta, las de primera iban por fuera de la casa donde era la fiesta a ver por las ventanas a sus novios bailando con sus novias de segunda. Ahí conocí la tambora, que para mí es maravillosa, porque me restituye esa época de cuando a veces a las doce del día, un grupo de amigos, borrachos, cayéndose, iban por las calles polvosas del pueblo con la tambora detrás toque y toque a llevar *gallo* a las casas de las novias. Y mujeres muy lindas, de un estilo muy agradable, muy franco. Y yo tuve, claro, mi novia de primera y mi novia de segunda...

¿Y de tercera?

No, no llegué a tener. Desgraciadamente no.

¿Recuerdas los nombres de las chicas?

Sí, mi novia de primera era la *Tichi* López, hija de la señora Alejandra López quien —según supe después— fue quien inspiró el vals *Alejandra*. La *Tichi*, era una chiquilla muy linda.



Cuando fui a Mocerito yo tenía alrededor de catorce años. Dos hermanas de mi tío Manuel, doña Isabelita y doña Manuelita, tenían la escuela local. Enfrente estaba la peluquería de don Chon Quezada, padre de un muchacho que se llamaba Sacramento, de quien tomé el nombre del personaje de «La muerte tiene permiso». La peluquería, como en todos lados, era el sitio de la tertulia; los notables del pueblo ahí iban, y yo me colaba porque enfrente estaba la escuela y había una ventana desde donde yo podía ver a la *Tichi*. Así era ese noviazgo, de verse. Yo he restituido algo de eso en un cuento que se llama «No como al soñar», donde ella aparece con su propio nombre. La *Tichi* es Beatriz, si mal no recuerdo. Y mi novia de segunda se llamaba —qué raro que se me vaya el nombre, siempre me acuerdo—... Bueno. Recuerdo que cuando murió mi tío, al día siguiente ella pasó frente a la casa con medias negras, sin decir nada, pero era un mensaje de solidaridad. Y tenía lindas piernas, me acuerdo, podía ya apreciarlas entonces. Tendría doce, once años igual que la *Tichi*. El hermano de la *Tichi* me daba un pavor inmenso porque era un señor de aspecto tejano, con pistola. Para tomarme el pelo, mis amigos me decían: «Ya lo sabe y te va a matar». Y cuando en la calle yo lo veía venir, corría despavorido para otro lado.

Los reyes eran los agentes viajeros. Llegaba uno y le organizaban inmediatamente un baile las muchachas de primera, y algunos, claro, se casaron. Eran unas costumbres muy diferentes, sobre todo para mí, que provenía de un medio cerrado, rígido, católico.

¡Y las palabras! En mi casa no se podían decir malas palabras; y con los veracruzanos, los sinaloenses son los más mal hablados. Cuando llegué hasta les reclamaba: «No digan esas palabras». Las muchachas y los muchachos usaban todo el vocabulario tranquilamente.

Tengo un cuento ubicado en Mocerito, y es bastante real, porque un día iba caminando y frente a la tienda de un chino estaba un tipo borracho. Empezó a insultar a todo mundo. Llegó un policía, sacó una pistola y lo acribilló. Lo vi morir. ¡Me produjo un



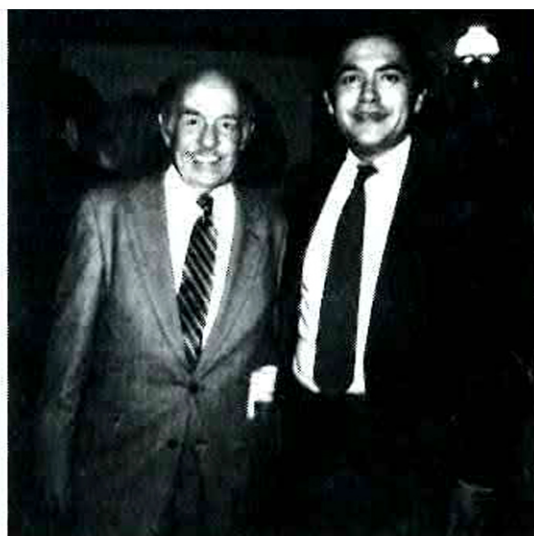
miedo...! ¡Imagínate, para mí, que salía del cascarón! Corrí volando, con el corazón que se me salía, rumbo a la casa donde estaba mi prima, donde se reunían las muchachas de primera, y llegué a decirles que acababa de ver matar a un hombre, haciéndoles sentir mi miedo. Me acuerdo que mi prima me dijo: «Miedoso, que te asustas de eso que viste». Porque también la muerte, ese tipo de violencia en Sinaloa, es muy vieja. Que mataran a un hombre, pues... Y ese es el cuento.



EL ATEPOCATE

«Era más feo que pegarle a Dios
por la espalda en Semana Santa».

Dicho popular.



Viejo reportero, beneficiario de un querido maestro, exfuncionario de comunicación social, amigo de sus amigos, hiperactivo presidente de la Fundación Manuel Buendía, tertuliano de corazón, actual conductor radiofónico, Aries atrapado por un amor: su hija Ana Rebeca, escritor que titubea salir del clóset... Ese es Miguel Ángel Sánchez de Armas, quien hace cuatro lustros conoció al cuentista, divulgador literario y periodista Edmundo Valadés y ambos recorrieron caminos fraternos que hicieron germinar el presente libro ♦ *En estado de gracia* es un rescate de las conversaciones sostenidas entre ellos dos a mediados de los años ochenta, en donde Valadés relata deliciosamente sus andanzas por el continente de las letras periodísticas y la república literaria; por sus senderos vivenciales, atizados de búsquedas, amigos, mujeres, inseguridades, amor, lecturas; por su mundo interno, preñado de esperanzas, frustraciones, proyectos, remembranzas; por caminos sembrados de todo lo imaginable y lo increíble y lo fantástico y lo simplemente absurdo ♦ Sánchez de Armas logra una semblanza -quizá la más completa sobre este singular escritor y periodista- fiel al espíritu del propio Edmundo. En otras palabras: pese a las iniciales resistencias, supo hacer brotar nostalgias y esperanzas, aflicciones y alegrías, senderos y laberintos ♦ La ricura con que se lee esta obra radica justamente en la íntima naturalidad vertida por Valadés gracias a la empatía e intereses afines con su interlocutor, pero, sobre todo, gracias al derrumbamiento de un muro: el de la edad. Treinta y cuatro años de diferencia nunca significaron dique alguno para tan amistoso engarce ♦ Para aderezar y redondear el libro, su autor reproduce varios textos periodísticos, apuntes sobre temas literarios y esbozos narrativos -algunos ya conocidos y otros inéditos- pergeñados en diferentes épocas por el propio escritor y gracias a los cuales es posible internarse aún más en los múltiples espejos de su personalidad.

Omar Raúl Martínez



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes





VIDAS PARALELAS

Omar Raúl Martínez

La estampa es una calle del barrio viejo de la Ciudad de México. A las afueras de un mesón, avanzada la madrugada, los ojos de Edmundo Valadés se iluminan. Se aproxima. Deja caer su mano velluda en el hombro de Miguel Ángel Sánchez de Armas y le dice en un ronco susurro: «No cuestiones los caminos de la amistad, son tan misteriosos como los del amor. Ahí han estado desde siempre, y si en nuestro destino está transitarlos, a ellos llegamos inevitable, dichosamente...».

Aquel otoño Edmundo tenía sesenta y tres años y Miguel Ángel veintinueve. Y desde entonces ambos recorrieron ese trayecto fraternal sin agenda ni programa, acompasado por intereses y afinidades como el periodismo y la literatura. Les divertía el paralelismo de sus vidas: reporteros, beneficiarios de grandes maestros, alejados de familia, amigos de los amigos, admiradores enamorados y enamoradores de la mujer, devotos cultivadores de la tertulia, acompañantes de su soledad, jueguistas consumados...

Y desde entonces comenzó a germinar la escritura de *En estado de gracia*.

Edmundo Valadés era el escritor, el periodista, el divulgador literario, el hombre magnánimo en cuyo interior guardaba la dicha de tres generaciones: la del infante ataviado de inocencia y curiosidad,



la del joven lleno de arrojo y entusiasmo por vivir y enamorarse, y la del adulto prendido de la madurez y la humildad que da la experiencia. La sabiduría de esas tres edades se engarzaba felizmente en la persona del —como lo considerábamos muchos— maestro Valadés.

Desde la adolescencia, don Edmundo se dejó seducir por la irresistible emoción de la *talacha* periodística, aunque de manera irregular. Luego de desempeñar varios oficios —vendedor, maestro, cobrador—, en 1937, con veintidós años henchidos de inquietud, ingresó a la entonces recién nacida revista *Hoy*, primero como secretario y después como jefe de redacción. En ese semanario, brillantemente dirigido por Regino Hernández Llergo —a tal grado que, para algunos, revolucionó el periodismo mexicano—, el joven Edmundo escribió sin firmar sobre toros, cine y libros. Como reportero, su trabajo más comentado a principios de los años cuarenta y memorable hasta hoy, es sin duda el que narra su incursión en la selva de Oaxaca y Puebla con el afán de hallar los restos del «Cuatro Vientos», el avión que realizó el primer vuelo transoceánico desde España.

Ya en 1939, junto con su amigo Horacio Quiñones —y el apoyo económico de don Regino— había fundado la revista *El Cuento* como una forma de compartir el gusto por la lectura de relatos cortos. De esa suerte, Valadés canalizaba dos vocaciones muy arraigadas en él: la literatura y el periodismo. Y desde entonces jamás abandonaría su viva alternancia.

A lo largo de poco más de cincuenta años en el ámbito periodístico, recorrió variedad de cargos, quehaceres y medios. De *Hoy* se trasladó a la revista *Así*, de la cual egresó para dirigir *Celuloide*, publicación especializada en cine. Más tarde ingresó a *Novedades*, donde fue cabecero, reportero, columnista y editorialista, así como director editorial. Ahí mismo dio ideas para sacar a la luz el suplemento *México en la cultura*.



Posteriormente fungió como jefe de redacción de *Diario del Aire*, primer noticiario radiofónico en transmitirse a través de una red de emisoras contando con su propio equipo de reporteros. En los albores de la televisión, tuvo a su cargo lo que puede considerarse el primer programa cultural en TV: *Invitación a la cultura*, donde convocaba a escritores e intelectuales para conversar sobre determinadas novedades editoriales. Fue presidente de la Asociación Mexicana de Periodistas de Radio y Televisión, así como de Periodistas Cinematográficos de México.

Durante los sexenios lopezmateísta y diazordacista, sus pasos profesionales se encaminaron al quehacer informativo y de análisis en la Presidencia de la República. Pero nunca desistió de su profunda inquietud literaria. Tanto así que en 1964, siendo aún funcionario, hizo renacer *El Cuento*, que había fundado casi veinticinco años antes y se había extinguido poco después. A partir de entonces, la revista *El Cuento* se convertiría en uno de los foros hispanoamericanos más prominentes del cuento universal, y el nombre de Edmundo Valadés como artífice y maestro de ese género cobraría mayor resonancia.

Como pocos, don Edmundo matrimonió sus dos pasiones de manera natural: acercar al público sus goces literarios por intermedio de prensa, radio y televisión. Nada extraño resulta entonces que en sus huellas profesionales se descubran evidentes afanes de estimular, recrear, desmenuzar, restituir, analizar o debatir diversas aristas de la creación, en particular la de las letras literarias.

En *Novedades*, *El Día*, *Unomásuno*, *Excelsior*, así como en las revistas *Vida literaria*, *Cultura Norte* y, por supuesto, *El Cuento*, Edmundo Valadés dejó parte importante de su obra como promotor cultural y periodista sin par. En 1981 se hizo acreedor al Premio Nacional de Periodismo por la revista *El Cuento*, en el renglón de divulgación cultural; y un año después recibió el Premio Rosario Castellanos del Club de Periodistas de México por la sección cultural de *Excelsior*, que Valadés coordinó de 1980 a 1983 y donde publicó la columna «Excerpta», que luego compilaría en un libro.



En sus últimos siete años de vida, además de dirigir amorosa y dedicadamente *El Cuento*, también condujo los destinos de la revista *Cultura Norte*, que editaba el Programa Cultural de las Fronteras, desde donde pudo alentar a los jóvenes creadores de esa región del país.

A mediados del verano de 1985, Miguel Ángel propuso a Edmundo iniciar una serie de conversaciones con miras a publicar un libro sobre la vida de este singular periodista, difusor literario y escritor. Valadés, sin embargo, respondía con evasivas aterciopeladas, se salía por la tangente, se escabullía como pez enjabonado. Tal vez por humildad o por dudar de las habilidades de su joven amigo, se resistía a semejante proyecto. Sánchez de Armas, entonces, decidió atrapar sus palabras con una grabadora clandestina que ponía a trabajar durante las comidas que él convocaba en su casa o en la del escritor.

Todo iba viento en popa hasta que un día el *entrevistador enmascarado* se embebió en la plática y olvidó cambiar el casete. Valadés escuchó el ruido del aparato y dijo con expresión que anidaba cierta angustia:

—¿Estás grabando?!

—Sí...

— ...

—¿?

—Está bien...

Miguel Ángel respiró tranquilo y siguieron. Aunque al principio —recuerda Sánchez de Armas en una bitácora de esos encuentros— la grabadora le provocaba a Edmundo «terror.. y pudores históricos», poco a poco se fue soltando: ayudaba el güisqui con soda, la pasión valadesiana por la tertulia y la amistad que lo unía con su interlocutor y —cuando tenían oportunidad de asistir— con sus también queridos amigos Sabás Huesca, Javier González Rubio y Vicky Bello.



Tales encuentros devinieron en deliciosas conversaciones en donde el maestro relataba sus andanzas por el continente de las letras periodísticas y la república literaria; por sus senderos vivenciales, atizados de búsquedas, amigos, mujeres, inseguridades, amor, lecturas; por su mundo interno, preñado de esperanzas, frustraciones, proyectos, remembranzas; por caminos sembrados de todo lo imaginable y lo increíble y lo fantástico y lo simplemente absurdo.

En estado de gracia constituye una transcripción parcial de aquellas charlas en donde el lector puede zambullirse en los resquicios existenciales —a veces bordando luces de la intimidad— de don Edmundo. Al leerlo, escuchamos vivas palabras dibujándose su retrato en nuestra imaginación: «Valadés —escribió Miguel Ángel hace doce años en su referida bitácora— es calvo, y se deja largo el cabello de los lados y de la nuca. Viste correctamente con coquetería, según Elena Poniatowska, y tiene un toque vanidoso, pero la mar de simpático y dueño de una gran generosidad. Prefiere los colores oscuros. Cuando no usa corbata, abotona la camisa hasta el cuello. Sus manos son grandes y expresivas, igual que su boca. Tiene un gesto agradable, voz melódica y conversación que puede llegar a ser hipnotizante.

«Muchas son las cosas que me gustan de él, pero entre ellas sobresale la maravilla de que un hombre de setenta años pueda conservar tanta frescura. Pues Edmundo en ocasiones asemeja un adolescente. Vive en él intensamente la capacidad de asombro, la ingenuidad, y la fuerza viva que aún le permite enamorarse como hombre joven que es».

Huérfano de madre desde temprana edad, Valadés abrigó su soledad con deleitables lecturas infantiles. Y naturalmente fue aflorando su inclinación hacia diversos segmentos de la literatura: el teatro, la poesía, la novela y finalmente el cuento. Su juventud